

De la alianza clérigo-conservadora al paralelismo católico. Los obispos y el debate político colombiano entre 1902 y 1945

Francesco FERRARI

Departamento de Humanidades -
Universidad Católica de Colombia (Bogotá, Colombia)
fferrari@ucatolica.edu.co

Código ORCID: 0000-0002-3303-0586

RESUMEN

El presente trabajo analiza la postura política de los obispos en Colombia y, en particular, su relación con los dos partidos tradicionales: el liberal y el conservador, en el periodo histórico comprendido entre 1902 y 1945. La metodología consistió en la revisión de documentos originales producidos por la Conferencia Episcopal colombiana y los principales obispos, leídos a la luz de la bibliografía más reciente. De esta forma, se subrayan las diferentes posiciones del episcopado respecto a la acción política, con particular atención a la campaña presidencial de 1930; además, se analizan los cambios que la postura

política de los obispos sufrió a lo largo de los cuarenta años objeto de nuestro estudio, periodo en que Colombia pasó de la Hegemonía Conservadora (1902-1930) a la República Liberal (1930-1945).

PALABRAS CLAVE: *episcopado colombiano, relación Iglesia-Estado en Colombia, liberalismo colombiano, conservatismo, Acción Católica*

From the clerical-conservative alliance to the Catholic parallelism. The bishops and the Colombian political debate between 1902 and 1945

ABSTRACT

In the historical period between 1902 and 1945, Colombia crossed different historical phases in which the political position of the bishops will be analyzed and, in particular, their relationship with the two traditional parties: the liberal and the conservative. This was carried out by analyzing the original documentation produced by the Episcopal Conference of Colombia and the main bishops read in the light of the most recent bibliography. In this way, the different positions of the episcopate regarding political action are underlined with particular attention to the presidential campaign of 1930 and the changes that the political position of the bishops suffered throughout the forty years object of our study in that Colombia went from the Conservative Hegemony (1902-1930) to the Liberal Republic (1930-1945).

KEYWORDS: *Colombian Episcopate, Church-State relationship in Colombia, Colombian Liberalism, conservatism, Catholic Action*

INTRODUCCIÓN

LA HISTORIA SOCIAL, POLÍTICA Y RELIGIOSA de la Colombia republicana se caracteriza por la presencia de numerosas tensiones y conflictos que desencadenaron nueve guerras civiles entre 1830 y 1902 (Jurado, 2022, p. 155). Las causas de estos brotes de violencia se pueden resumir en tres grandes categorías: el conflicto alrededor de la ar-

quitectura constitucional e institucional del Estado; el odio político entre liberales y conservadores y las tensiones entre el liberalismo radical y la Iglesia, debido a las leyes anticlericales decimonónicas. El último gran conflicto civil situado entre el siglo XIX y el XX fue la Guerra de los Mil Días (1899-1902), que vio enfrentarse al gobierno conservador contra las milicias liberales y que causó 100,000 víctimas, que representaban al 2.5 % de la población colombiana de la época (Bushnell, 2018, p. 219).

Terminado el conflicto en 1902, empezó el periodo de historia de Colombia conocido como Hegemonía Conservadora, en que el conservatismo gobernó ininterrumpidamente hasta 1930, cuando el liberal Enrique Olaya Herrera ganó las elecciones presidenciales inaugurando la República Liberal, que concluyó en 1945 con las dimisiones del presidente Alfonso López Pumarejo. La presente investigación se sitúa en este contexto y tiene el objetivo de estudiar la postura del episcopado hacia la política colombiana entre 1902 y 1945. Por esta razón la pregunta de investigación del estudio es la siguiente: ¿cuáles fueron el pensamiento y la acción del episcopado colombiano frente a los principales actores y eventos políticos del periodo considerado? Nuestro análisis, que se inspira metodológicamente en Medina (1991) y Manosalva Correa (2014), se basa en el examen de la documentación producida en este periodo por la Conferencia Episcopal de Colombia (CEP)¹ y por los principales obispos del país. Estos documentos fueron estudiados a la luz de la bibliografía más reciente, entre los que destacan los ensayos de de Roux (1983), Agudelo (1986), Medina (1991), Arias Trujillo (2000, 2003), Manosalva Correa (2013, 2022), Escobar Herrera (2015), Vásquez Piñeros (2022) y Plata Quezada y Ramírez Trillos (2023).²

1 La Conferencia Episcopal de Colombia (CEP) fue fundada en 1908 y, en el periodo estudiado, fue siempre presidida por el arzobispo de Bogotá.

2 La historia de la Iglesia colombiana en los siglos XIX y XX ha sido muy estudiada en las últimas tres décadas. Para tener una idea de la producción bibliográfica acerca de este tema, véanse Cortés Guerrero (1996) y Mantilla Ruiz (2016).

Este estudio tiene dos fines: primero, averiguar las diferentes posiciones del episcopado respecto a los acontecimientos políticos colombianos y, segundo, determinar si hubo cambios en estas posturas a lo largo de los cuarenta años analizados.

EPISCOPADO Y ACTIVIDAD POLÍTICA DESDE LA HEGEMONÍA CONSERVADORA HASTA LA REPÚBLICA LIBERAL (1902-1945)

Durante la Hegemonía Conservadora, los lineamientos teóricos de la acción política de la jerarquía eclesiástica y del clero seguían siendo los dictados por León XIII, quien, en la encíclica *Inmortale Dei* de 1885, afirmaba la imposibilidad de formalizar alianzas entre la Iglesia universal y local y unos partidos específicos. Las palabras del pontífice tenían un eco muy reducido en Colombia y, en particular, entre los obispos ultramontanos.³ Estos consideraban su «deber predicar contra el liberalismo porque así nos lo manda la Santa Iglesia» (Moreno Díaz, 1908, pp. 356-357) y, en un régimen rígidamente bipartidista como era el colombiano, esto equivalía, en muchos casos, a sellar alianzas con el Partido Conservador. Hasta 1905, el más importante exponente de este sector del episcopado fue Ezequiel Moreno Díaz, fraile agustino de origen español y, a partir de 1896, obispo de Pasto, capital del departamento de Nariño, en la frontera con Ecuador. En la década en que dirigió esta diócesis, Ezequiel Moreno destacó por su retórica antiliberal y su tendencia a construir una barrera infranqueable entre católicos y conservadores de un lado y los liberales del otro; oposición que se puede encontrar en muchas cartas pastorales y opúsculos del

3 En el siglo XIX, los católicos ultramontanos eran los partidarios y defensores del más alto poder y amplias facultades del papa. En nuestro caso, el término se usa para indicar los sectores del catolicismo colombiano más conservadores y cercanos a los magisterios pontificios de Pío IX y de Pío X.

obispo de Pasto, como, por ejemplo, en su escrito más conocido: *O con Jesucristo o contra Jesucristo. O Catolicismo o liberalismo. No es posible la conciliación*, publicado en 1898. De esta forma, Ezequiel Moreno se dio a conocer en Colombia por difundir el lema «el liberalismo es pecado» y por, a través de sus escritos y de su predicación, «anatematizar la doctrina liberal hasta satanizarla» (Giraldo Paredes, 2011, p. 38). Esta caracterización acompañó al obispo nariñense toda su vida y permaneció firme, también cuando liberales y conservadores firmaron los tratados que pusieron fin a la Guerra de los Mil Días. Monseñor Moreno Díaz, de hecho, se opuso públicamente a los acuerdos de paz en cuanto consideraba imposible sellar un pacto entre católicos y ateos.

La postura rígidamente antiliberal de Ezequiel Moreno y de muchos obispos ultramontanos puso este sector del episcopado en el centro de numerosas polémicas con los liberales, como se puede advertir leyendo el opúsculo de Rafael Uribe Uribe de 1912 titulado *De cómo el liberalismo político no es pecado*, contestación directa al ministerio pastoral y político desarrollado por el obispo de Pasto. A partir del final de la Guerra de los Mil Días y, sobre todo, después de la muerte del monseñor Moreno, acontecida el 19 de junio de 1906,⁴ esta tendencia del episcopado empezó a perder importancia debido a los numerosos cambios que involucraron a la Iglesia y a Colombia, como la nueva sensibilidad pastoral del papa Benedicto XV y las distintas ideas políticas y religiosas de los líderes conservadores del periodo, entre los cuales destaca el general Rafael Reyes. A estos factores se deben añadir los cambios sociales y económicos vividos por Colombia a partir de los años veinte, cuando se empezó a registrar un fuerte desarrollo industrial pasando de 75 establecimientos manufactureros activos en 1915 a los 450 de 1930 (Roux,

4 Monseñor Moreno Díaz nunca modificó su pensamiento radicalmente antiliberal, y en sus últimas voluntades dispuso que se escribiera en el epitafio sobre la tumba que «El liberalismo es pecado».

1981, p. 50). Las ciudades se expandieron gracias a la llegada de miles de campesinos en busca de un porvenir mejor en las grandes y medianas fábricas textiles y de bebidas de Bogotá, Medellín, Barranquilla y otros centros manufactureros del país. Los gobiernos conservadores, disfrutando de un periodo de relativa paz, apoyaron este proceso invirtiendo muchos recursos en la modernización de la infraestructura vial de Colombia, modernización en la que se destaca el crecimiento de la red del ferrocarril nacional que, en 1927, daba trabajo a 40,000 colombianos (Roux, 1983, p. 52).

Por estos motivos, y para evitar demasiadas polémicas con los liberales, los obispos colombianos empezaron a asumir una postura política ambigua, en donde se diferenciaban las órdenes al clero y a los feligreses escritas en los documentos versus la efectiva gestión del poder y de las relaciones con el conservatismo por parte del episcopado. Este último, de hecho, en 1927, volvía a recordar a los sacerdotes que no podían «entregarse a las contiendas de partidos de tal manera que parezca que cuidan más de las cosas humanas que de las divinas, ni traspasar los límites de gravedad y moderación» (CEP, 1929, p. 361). Además, los párrocos no debían mencionar abiertamente a los adversarios desde el púlpito «y menos aún, agredirlos o instigar los ánimos contra determinadas personas, de manera que más parezca que los guía el ciego interés político» (CEP, 1929, p. 364).

En la visión política de los obispos colombianos, estos lineamientos teóricos parecían tener validez solo para los párrocos y no aplicaban a la acción política del episcopado. Durante la Hegemonía Conservadora se consolidó entonces una alianza entre el conservatismo y las jerarquías eclesiásticas, que preveía que «mientras el gobierno aseguraba la protección de la religión garantizándole una serie de libertades y prebendas a la jerarquía, la Iglesia avalaba las actuaciones de los gobernantes y movilizaba a la población a favor del conservatismo» (Escobar Herrera, 2015, p. 274). Tampoco el clero seguía integralmente las órdenes episcopales porque, como escribe

Abel (1987, p. 31), la mayoría de los sacerdotes colombianos apoyaron «al régimen electoralmente y los párrocos llenaban los vacíos profesionales que dejaban los alcaldes analfabetos, convirtiéndose en el principal apoyo de la docilidad y el orden conservadores».

El motivo principal, que explica el respaldo eclesiástico a los conservadores y la no alineación del clero y del episcopado a los lineamientos planteados por León XIII, es representado por el recuerdo de la «persecución» anticatólica promovida por los gobiernos liberales de la segunda mitad del siglo XIX. En una exposición colectiva de 1924, el episcopado escribía que recordaba «la serie larga y dolorosa de ataques a la Iglesia, que forman el tejido de aquellos años en que el poder público se halló en manos de sectarios del liberalismo» (CEP, 1956, p. 360).

Esta sinergia entre episcopado y líderes conservadores estuvo encarnada por la acción política y pastoral del primado de Colombia, monseñor Bernardo Herrera Restrepo, quien, desde su elección a arzobispo de Bogotá en 1891, fue árbitro entre las distintas facciones del conservatismo, escogiendo en muchas ocasiones el candidato único del partido azul⁵ a la presidencia. Como escribe Medina (1991, p. 202), de hecho, Herrera Restrepo «en 1913 se había inclinado por el nombre de José Vicente Concha, [...] puso el peso de su autoridad en 1917 a favor de Marco Fidel Suárez, en 1921 con casi todo el episcopado había adherido a la candidatura del general Pedro Nel Ospina». ⁶ En 1925, el conservatismo se dividió entre dos candidatos para la presidencia de la República: Miguel Abadía Méndez y Alfredo Vásquez Cobo. El arzobispo primado escogió el primero, que fue efectivamente elegido para el periodo 1926-1930, asegurando a Vásquez Cobo su apoyo para el cuatrienio siguiente.

5 Tradicionalmente, en Colombia los conservadores se identifican con el color azul y los liberales con el rojo.

6 José Vicente Concha fue presidente de la república entre 1914 y 1918, Marco Fidel Suárez entre 1918 y 1921 y Pedro Nel Ospina entre 1922 y 1926. Los tres eran miembros del Partido Conservador.

El 2 de enero de 1928, monseñor Herrera falleció y fue sustituido por su obispo coadjutor, monseñor Ismael Perdomo Borrero. Este último desarrolló una línea de acción y pensamiento político que se caracterizó por dos vertientes principales: la primera estuvo constituida por las invitaciones del nuevo primado a la comunidad católica a rechazar los métodos violentos en la política; y, la segunda, la continuidad en el activo respaldo episcopal al conservatismo. Frente a la retórica incendiaria y antiliberal del sector episcopal liderado por Ezequiel Moreno, Perdomo (1929, p. 186) recordaba a los creyentes la prohibición a usar la violencia política porque «el fin no justifica los medios y no pueden hacerse males para conseguir bienes». El arzobispo decía que a los católicos «no les era lícito apelar a la rebelión contra las autoridades legítimas» (Perdomo, 1929, p. 186), ni «emplear otros medios análogos [...] como serían la sedición, el motín, las asonadas y otros inspirados por la violencia y la fuerza» (Perdomo, 1929, p. 190).

Esta posición de monseñor Perdomo no encontraba el apoyo de todo el episcopado y, sobre todo, era considerada peligrosa por los obispos más políticamente extremistas, los cuales, después de la muerte de Ezequiel Moreno, eran liderados por monseñor Miguel Ángel Builes, joven ordinario de la diócesis antioqueña de Santa Rosa de Osos. En los mismos días en que Perdomo invitaba a la pacificación nacional, Builes (1939, pp. 126-127) escribía que los obispos y el clero debían guiar la lucha de los católicos contra los liberales marchando unidos para evitar el triunfo «del enemigo de Cristo y de la Iglesia».

El obispo de Santa Rosa de Osos lideraba un sector del episcopado que consideraba esta lucha antiliberal muy importante, sobre todo porque el país se acercaba a la campaña electoral para la elección del presidente de la República para el periodo 1930-1934, contienda que se desarrolló el 9 de febrero de 1930. Los llamados a la paz y el rechazo de la violencia en política no significaban que Perdomo pusiera en duda la tendencia de su predecesor de

apoyar abiertamente al Partido Conservador. En 1929, el presidente del Senado, Emilio Robledo, preguntó a monseñor Perdomo quién debía ser el candidato conservador a la presidencia y el arzobispo permaneció fiel a la promesa de su predecesor escogiendo a Vásquez Cobo (Roux, 1981, p. 37). Sin embargo, en su cuatrienio en la presidencia, Abadía Méndez había logrado nombrar, en el partido y en el gobierno, personas que se oponían a la candidatura presidencial de Vásquez Cobo porque consideraban al general demasiado extremista. Por esta razón, el directorio nacional conservador no aceptó la designación del arzobispo y propuso la candidatura del poeta Guillermo Valencia. En el episcopado mismo se abrieron divisiones entre un sector, guiado por el arzobispo de Medellín monseñor Manuel José de Cayzedo y apoyado por los obispos de Garzón y de Santa Rosa de Osos, que respaldaba a Valencia, y otro cercano a Vásquez Cobo, liderado por el primado y los ordinarios de Cali, Ibagué y Tunja (Roux, 1981, p. 37).

Monseñor Perdomo no logró reunir ni a los conservadores ni a los obispos alrededor de una candidatura y se necesitó pedir la mediación del Vaticano, que terminó escogiendo a Valencia. El primado se uniformó al dictamen de la Santa Sede invitando, en una circular del 23 de enero de 1930, a los católicos colombianos a votar por Valencia (Roux, 1983, p. 37). Sin embargo, «el 24 de enero se supo en Bogotá que ocho obispos habían hecho saber al primado que continuarían sosteniendo la candidatura del General Vásquez Cobo» (Roux, 1983, p. 37). De esta forma, se abrió un hondo contraste en el episcopado entre obispos «valencistas» y prelados «vasquistas», tensiones favorecidas —según Medina (1991, p. 195)—, por los «virajes políticos» del primado de Colombia.

En las semanas que anticiparon la jornada electoral de 1930, los colombianos asistieron a declaraciones episcopales opuestas acerca de los candidatos a la presidencia presentados por el conservatismo. El 22 de enero el obispo de Ibagué, monseñor Pedro María Rodríguez (1930, p. 1), confirmaba su fidelidad a Vásquez

Cobo, invitando a sus feligreses a hacer lo mismo dado que era la única candidatura que «ofrece todas las garantías»; mientras que el ordinario de Cali, Luis Adriano Díaz (1930, p. 1), usaba palabras aún más impositivas ordenando que «los votos de los católicos deben darse en esta diócesis resueltamente por el general Alfredo Vásquez Cobo. Prohibimos a nuestro clero secular y regular el favorecer en forma alguna, ni directa ni indirectamente, la candidatura presidencial del doctor Guillermo Valencia». También los obispos de Tunja y Manizales afirmaron públicamente su preferencia al candidato Vásquez Cobo (Medina, 1991, p. 194).

Al lado del primado de Colombia y de la tendencia valencista, se pusieron los ordinarios de Cartagena, Medellín, Santa Rosa de Osos y Popayán (Medina, 1991, p. 194), junto con el saliente presidente de la República. La división en el episcopado y en el conservatismo, unido a otros factores como la crisis económica nacional e internacional desencadenada por el desplome del índice de la bolsa de valores de Nueva York en 1929, el inconformismo de muchos sectores populares hacia la administración de Abadía Méndez y los cambios sociales y económicos que vivía Colombia, dieron la victoria al candidato liberal Enrique Olaya Herrera, al cual le bastó «hacer el esfuerzo que demanda derribar una puerta abierta» (Medina, 1991, p. 201). De esta forma terminaba la Hegemonía Conservadora y empezaba la República Liberal.

A fin de entender los cambios en la acción política del episcopado y, en particular, del primado, es importante revisar los resultados de la contienda electoral del 9 de febrero de 1930 en la que Olaya Herrera ganó la presidencia reportando 369,934 votos. En el ámbito del Partido Conservador, Guillermo Valencia obtuvo 240,360 votos y Vásquez Cobo 214,583 (Roux, 1983, p. 38). Los datos muestran que, en primer lugar, el conservatismo unido, como lo quería el Vaticano, muy probablemente habría ganado también estas elecciones. En segundo lugar, los números electorales manifiestan que las órdenes de la Santa Sede y del primado no fueron escucha-

das en muchas partes y diócesis del país, porque la candidatura de Vásquez Cobo reportó casi los mismos votos que Valencia.

A monseñor Perdomo fue atribuida gran parte de la responsabilidad de la derrota del conservatismo, sobre todo por haber mantenido una línea política poco firme y por su incapacidad de unir al episcopado pasando a la historia «con el sobrenombre de “Monseñor Perdimos”» (Roux, 1983, p. 38). Su papel en la derrota del conservatismo hizo que el primado de Colombia empezara a revisar su conducta política mientras el país seguía su impetuoso proceso de crecimiento industrial, que vio la fundación de 842 nuevos establecimientos manufactureros entre 1930 y 1933 (Roux, 1983, p. 50). En los años treinta se consolida la industrialización, incluyendo al sector agropecuario por medio de la mecanización. Se dio el incremento de la población que, en 1938, alcanzó los 8'701,816 personas con un aumento de más de cuatro millones respecto al censo de 1905, cuando los colombianos eran 4'355,477 (Roux, 1983, p. 58). No hubo solo un aumento cuantitativo de la población, sino que aparecieron nuevos grupos sociales como la clase obrera urbana, los trabajadores rurales en las plantaciones tecnificadas, y los cafeteros ligados a las exportaciones del producto en el mercado nacional e internacional. Entre 1925 y 1945 la población urbana pasó de ser el 23.2 % de la población nacional al 34 %, mientras que la rural disminuyó del 76.8 % al 66 % (Roux, 1983, p. 51). En el mismo periodo se registró el declive de la ocupación rural a favor de la industria y del comercio con el sector secundario, que pasó de ocupar el 13.1 % de los colombianos al 15.2 %, y un desarrollo aún más impetuoso caracterizó el terciario que, en 1925, daba trabajo al 16.8 % de los habitantes del país y en 1945 alcanzó el 22.8 % (Roux, 1983, p. 51).⁷ En el mismo periodo, el campo perdió el 8 % de su población activa,

7 El sector secundario comprende la construcción y la industria manufacturera y artesanal. El terciario los transportes, comunicaciones, comercio y finanzas, y servicios.

pasando de ocupar el 70 % de los colombianos al 62 %. La huida masiva del campo hacia las ciudades industriales preocupaba a los obispos, los cuales realizaron frecuentes llamados para impedir el éxodo rural, como se puede ver en un documento de la CEP (1956, p. 383) del 22 de mayo de 1930, en que se invitaba a los campesinos a no abandonar «por ninguna razón sus campos», porque podían perder «el tesoro de una vida morigerada». Además, desde la fundación del Partido Comunista Colombiano el 17 de julio de 1930, los obispos veían en los barrios obreros y marginales de las ciudades un terreno fértil para la difusión del socialismo. El episcopado escribía a los campesinos: «No se dejen trastornar la cabeza por las doctrinas de propaganda socialista y bolcheviques» (CEP, 1956, p. 383), y los animaba a permanecer fieles a la Iglesia católica demostrando la tendencia a idealizar el campo, imaginado como lugar de costumbres cristianas, y a catalogar a la ciudad industrial como el epicentro del comunismo en Colombia. Finalmente, cabe resaltar entre los cambios sociales acontecidos durante la República Liberal, la difusión de organizaciones cristianas no católicas; los protestantes en Colombia pasaron de ser 325 en 1917 a 1,966 en 1937 (Roux, 1983, p. 63).

Todos estos cambios y la salida del Partido Conservador del poder provocaron modificaciones en las dos vertientes de la acción política, que monseñor Perdomo desarrolló durante la Hegemonía Conservadora, representados, como se expuso anteriormente, por el rechazo de la violencia y el apoyo al conservatismo. No obstante, este segundo aspecto fue cambiando cuando el arzobispo de Bogotá empezó a dialogar con el liberalismo, en particular, con el del presidente Olaya Herrera, quien mantuvo una relación cordial con la Iglesia y abrió espacios de colaboración con los conservadores moderados, en el marco de su proyecto político denominado Concentración Nacional.

En los primeros años de la República Liberal, el arzobispo de Bogotá emprendió un proceso de *aggiornamento* de su arquidiócesis. Es así como, en 1931, convocó a un sínodo diocesano cuyas

constituciones prohibían a los sacerdotes bogotanos manifestar adhesiones a partidos políticos y, «en especial, a los párrocos firmar las manifestaciones de carácter político que los ciudadanos suelen enviar a personas, entidades, funcionarios públicos, etc., ya sean dichas manifestaciones de alabanza, ya sean de censura» (Perdomo, 1932, p. 58).

Eran palabras e ideas similares a las manifestadas por la CEC en 1927, pero ahora el primado parecía querer aplicar estas directrices también a sí mismo y a los demás obispos, alejándose de la alianza con el conservatismo, en un periodo en que volvieron a presentarse violentos choques entre liberales y conservadores, especialmente en Cundinamarca, Boyacá y los Santanderes. La voluntad de colaborar con los liberales, planteada por el primado, tuvo que enfrentarse con la oposición del sector ultramontano del episcopado. Monseñor Builes, de hecho, «criticaba la actitud de Perdomo y de los demás Obispos moderados» (Vásquez Piñeros, 2022, p. 268), describiendo a los católicos, que buscaban acuerdos con el liberalismo, como «perros mudos en su casa y que no ladran cuando el lobo carnicero asoma las orejas y muestra con gruñidos pavorosos las agudas hileras de sus dientes» (Builes, 1939, pp. 148-149). Para el obispo antioqueño, el liberalismo seguía siendo «un error religioso, filosófico, social y jurídico, que consiste en proclamar la absoluta independencia o autonomía del hombre» (Builes, 1939, pp. 148-149). En la misma tónica se ponía el obispo de Medellín monseñor Manuel José Cayzedo, quien afirmaba que no se podía «tener una alianza entre Cristo y Baal, entre la luz y la tiniebla» (en Manosalva Correa, 2022, p. 274). Este sector del episcopado encontraba apoyos en unos grupos del conservatismo colombianos, los cuales criticaban a quienes buscaban a toda costa un acuerdo con el nuevo poder liberal, para no tener que perder los privilegios adquiridos en la época precedente. Según el anónimo autor de un artículo publicado en el periódico conservador bogotano *Patria Nueva*, estas personas que dialogaban con los liberales, entre los cuales se encontraban

muchos obispos, eran definidos como «tímidos» que «se afligen creyendo perdidas todas nuestras posiciones y se estremecen de espanto ante la algazara de las rotativas izquierdistas. Acostumbrados a vivir bajo la protección de los gobiernos, no se hallan preparados ni dispuestos a la lucha abierta y ruda, ni saben de los encantos de la oposición» (Anónimo, 1930, p. 8).

Frente a los contrastes entre el primado y unos sectores del clero y del episcopado intervino la Santa Sede, que ordenó a los sacerdotes colombianos, en el ámbito político, de «limitarse a defender los intereses religiosos y abstenerse absolutamente de entrometerse en cuestiones de partidos políticos y de manera especial de ofender o ultrajar las personas, evitando así irritar a los adversarios y provocar represalias» (en Vásquez Piñeros, 2022, p. 268). Una vez más, los obispos, por lo menos en los documentos oficiales, se uniformaron a las órdenes pontificias prohibiendo «bajo suspensión *a divinis* al clero denigrar en público las autoridades civiles y eclesiásticas» (Roux, 1983, p. 39).

En las elecciones para las cámaras de representantes de 1933, la división en el episcopado volvió a ser evidente. El primado de Colombia, para evitar nuevas polémicas, dejó de apoyar abiertamente el conservatismo, limitándose a invitar a votar en conciencia por los candidatos que, por sus «aptitudes, sana doctrina y probidad, garantizan el mayor bien de la religión y de la República» (en Vásquez Piñeros, 2022, p. 268). Por otra parte, hubo obispos que mantuvieron la actitud política conservadora del periodo anterior. Este es el caso del monseñor Rafael Afanador y Cadena, obispo de Pamplona, quien exhortó al clero a orar y hacer penitencia «para obtener el triunfo de la Iglesia colombiana; en otras palabras, del conservatismo» (Vásquez Piñeros, 2022, p. 270).

En estas elecciones los liberales ganaron obteniendo la mayoría en el congreso. Los conservadores denunciaron fraudes electorales y decidieron no participar en las elecciones presidenciales de 1934, afirmando que no había transparencia en el proceso electoral y en

varias áreas del territorio nacional. La abstención conservadora dio una amplia victoria al empresario liberal Alfonso López Pumarejo, quien empezó a desarrollar el programa político conocido como la Revolución en Marcha. Este programa estaba orientado, entre otras cosas, a reformar la Constitución de 1886 para, como afirma Arias Trujillo (2003), disminuir la influencia social de la Iglesia. El proyecto de reforma constitucional se presentó en 1936, y quería eliminar el nombre de Dios de la Carta y derogar los artículos que de una forma u otra favorecían a la Iglesia católica.

Numerosos sectores del catolicismo, encabezados por los obispos más radicales, acusaron a López Pumarejo de querer desarrollar una legislación anticlerical heredera del liberalismo decimonónico. Buena parte del clero «sintió que disminuía su prestigio con la secularización del estado y con los esfuerzos del gobierno por quitarle el control educativo» (Roux, 1983, p. 39). Durante este gobierno «se acentuaron el anticlericalismo liberal y el antiliberalismo católico» (Roux, 1983, p. 40) y, en el curso del debate que llevó a la aprobación de la reforma constitucional de 1936,⁸ la retórica de los obispos empleó tonos duros contra el ejecutivo liderado por López Pumarejo. En una carta pastoral colectiva del episcopado de 1936 se escribía que había «llegado el momento de hacer prevalecer la justicia», y se lanzaba una velada amenaza sobre la posibilidad que estallara otra guerra civil cuando los prelados escribían que «ni nosotros, ni nuestro clero, ni nuestros fieles permaneceremos inermes y pasivos» (en Escobar Herrera, 2015, p. 279). Los prelados terminaban recordando a los congresistas liberales que «todo el pueblo colombiano, sin distinción de partidos, está con nosotros cuando se trata de la defensa de su religión» (en Escobar Herrera, 2015, p. 279).

8 Dicha reforma derogó numerosos artículos de la Constitución de 1886. Entre estos el 38, que establecía al catolicismo como religión de la nación y obligaba a los poderes públicos a protegerla; el 41, que afirmaba que la educación pública debía organizarse acorde con los principios de la fe católica; el 52, que daba a la Iglesia la libertad de administrar sus asuntos internos.

La tensión aumentó cuando el directorio conservador envió una carta a López Pumarejo afirmando que los conservadores no obedecerían a «una constitución atea y a unas leyes injustas e inmorales» (en Escobar Herrera, 2015, p. 279). La publicación casi simultánea de la carta pastoral y del texto del conservatismo hizo pensar, a buena parte de la opinión pública, que existía un acuerdo secreto entre el episcopado y los directivos conservadores para unir sus fuerzas contra el ejecutivo liberal. Frente a la escalada, por lo menos verbal, de las tensiones, intervino monseñor Perdomo, quien escribió una nota de rectificación, en la que afirmaba que la publicación simultánea de los textos era casual y que:

[...] el episcopado colombiano no está aliado a ningún partido político, que nuestro manifiesto es asunto netamente religioso, sin nexo alguno con la política; que precisamente procedemos con miras tan elevadas por encima de las pasiones políticas, porque contamos nuestros hijos católicos en todos los partidos y tenemos que velar por todos ellos.⁹

Esta rectificación es muy importante porque es quizá la primera vez en que, públicamente, el primado afirmaba su neutralidad política y del episcopado y esto, en nuestra opinión, se debe a la decisión del Partido Conservador de no participar en las elecciones presidenciales de 1934 y en las legislativas del año siguiente. La decisión del conservatismo de no enfrentar al liberalismo en las contiendas electorales llevó a la mayoría de los obispos, encabezados por el primado, a dejar de apoyar activamente el Partido Conservador colombiano, cuya decisión de abstenerse de las elecciones había entregado al liberalismo el control del congreso, dejando a la Iglesia sin apoyos institucionales. El episcopado reaccionó a la estrategia política conservadora de abstenerse de las elecciones; por un lado, entablando diálogos directos con el gobierno de López Pumarejo, y, por el otro, creando sus propias organizaciones sociales para

9 En Escobar Herrera (2015, p. 280).

competir con las asociaciones liberales y comunistas, entre las cuales destacaba la Confederación de Trabajadores Colombianos (CTC), central obrera nacida en 1936 para respaldar al gobierno y controlada por los comunistas a partir del comienzo de los años cuarenta.

Esta hipótesis parece confirmada por el debate que se abrió a finales de los años treinta, cuando el ejecutivo liberal presidido por Eduardo Santos pidió a la Santa Sede modificar el Concordato de 1887, para uniformarlo a los nuevos principios constitucionales. El Vaticano entabló negociaciones para la revisión del Concordato que se concluyeron en 1942, año en que comenzó el segundo gobierno presidido por López Pumarejo. Cuando se conoció el texto y el acuerdo encontrado entre el gobierno liberal y la Santa Sede —acuerdo aprobado por el primado—, se desencadenó la dura reacción de muchos sectores del conservatismo liderados por Guillermo León Valencia y Laureano Gómez. Este último llegó a acusar a Perdomo y al nuncio apostólico de ser cómplices de «un concordato masónico en el que López Pumarejo había abusado del aislamiento del Vaticano durante la guerra» (Abel, 1987, p. 135).

Si la mayor parte del conservatismo se rehusaba a revisar la tradicional alianza entre el episcopado colombiano y el Partido Conservador, monseñor Perdomo, a pesar de las polémicas y de los ataques lanzados a su persona por muchos conservadores, confirmó la postura políticamente neutral y cercana a quien tenía el poder en Colombia. El primado no compartía la estrategia política que llevó a los conservadores a abstenerse también en las elecciones de 1938 y 1942 ni, mucho menos, aprobaba la posibilidad de tomar el poder con medios extrademocráticos. Cuando, en 1944, fracasó el golpe militar contra López Pumarejo, monseñor Perdomo (1944a, p. 250) expresó su regocijo porque se había mantenido el orden social y escribía que el odio y la sedición nunca eran la solución, «porque solo pueden dar frutos de disolución y de ruina para la nación, ocasionando mayores males y perjuicios que los que por tales caminos se pretendiera remediar».

El hecho de que el primado y la mayoría de los obispos ya no confiaran en la protección del conservatismo y en su posibilidad de volver al poder, no significaba que aceptaran las doctrinas políticas progresistas encarnadas en Colombia tradicionalmente por el liberalismo. A partir de 1930, en el campo del progresismo se asomó una nueva fuerza política, en cuanto el 17 de julio se fundó el Partido Comunista Colombiano y el episcopado acogió esta novedad desarrollando una línea política con dos características. La primera, el rechazo del comunismo en los documentos oficiales y, la segunda, la implementación y reorganización de las instituciones católicas.

Esa primera característica se plasma en una carta pastoral colectiva de 1936, en la que los obispos prohibieron a los católicos «pertenecer a los sindicatos comunistas y dar su nombre al comunismo o favorecerlo en alguna forma» (en Nieto, 1956, p. 263), considerando que este era:

[...] en sus bases fundamentales, materialista y ateo; por sus fines, enemigo de Dios, de la patria, de la familia y de la propiedad; por sus métodos, factor de odios, agente de revueltas y máquinas de opresión; en sus consecuencias, la muerte de todo ideal espiritualista, la anulación de la personalidad humana, la ruina del orden social y el implantamiento de una esclavitud sin precedentes.¹⁰

De esta forma, el rechazo de los obispos colombianos al comunismo anticipaba un año a Pío XI, quien, en 1937, publicó la famosa encíclica *Divini redemptoris*, en la que indicaba que el comunismo era violento, ateo y el principal enemigo de la Iglesia. El episcopado empezó una fuerte campaña contra el marxismo y sus derivaciones, subrayando en particular la persecución anticatólica en los países soviéticos. Monsseñor Perdomo (1937) comenzó a usar tonos beligerantes contra el comunismo, que «ha pasado a la persecución en la forma más cruel y satánica» y era responsable «de hogueras públicas para quemar

10 En Nieto (1956, p. 263).

imágenes, ornamentos y cosas destinadas al culto [...] supresión de las fiestas religiosas [...] destierro de obispos y sacerdotes, al punto que en Rusia y Méjico casi no quedan ministros» (p. 6). El primado de Colombia concluía estigmatizando «el lema que tiene el comunismo: “No queremos mártires sino apóstatas”» (Perdomo, 1937, p. 6).

A partir de los años cuarenta, los obispos manifestaron su preocupación por la difusión de las ideas marxistas en los establecimientos públicos de educación. En 1944, Perdomo envió una dura carta a Antonio Rocha, ministro de Educación Nacional del segundo gobierno presidido por López Pumarejo, criticando el nombramiento del intelectual marxista Gerardo Molina como rector de la Universidad Nacional de Bogotá, denunciando que sus «ideas socialistas son un peligro para la juventud y una amenaza para nuestra querida patria, en su totalidad católica, que necesita, para su desarrollo y futura grandeza de hombres cuya educación haya sido cimentada en la divina doctrina que Jesucristo legó a la Iglesia» (CEP, 1956, p. 314). La crítica del primado estuvo apoyada por los demás obispos, los cuales acusaban la tendencia del liberalismo a favorecer la penetración de elementos e ideas comunistas en el ámbito escolar y universitario, «desviando la educación pública» y no queriendo reconocer «el hecho social de ser el pueblo colombiano en su totalidad moral católico», dato incontrovertible y que, según la CEP (1956, p. 301), «exige se dé en todas las escuelas, colegios y universidades educación católica».

La reacción del primado y de los demás miembros del episcopado al «auge que el comunismo ha venido tomando en nuestra amada patria [...] y que constituye una seria amenaza para los principios de la civilización cristiana» (Anónimo, 1945a, p. 178), no se limitó a escribir documentos críticos del marxismo. Además, como se observó en la segunda característica de la línea política del episcopado, se desarrolló una estrategia de contraste al comunismo, que consistió en la reorganización e implementación de establecimientos católicos. Así las cosas, en el ámbito educativo del año 1930,

volvió a abrirse la histórica Universidad Javeriana de los jesuitas de Bogotá y, en 1936, se fundó la Universidad Católica Bolivariana de Medellín. Además, para ese mismo año, el sector de la cultura y de la formación de la opinión pública contaba con cuarenta y cuatro semanarios que imprimían cien mil ejemplares, y se editaban sesenta revistas mensuales y trece quincenales (Roux, 1983, p. 63).

El episcopado se empeñó en fundar organizaciones sociales para obreros que se volverían cada vez más importantes, debido a la crisis de la sociedad campesina y al simultáneo crecimiento de las ciudades. El desarrollo urbano de Colombia afectó a la Iglesia porque, como escribe de Roux (1983), «su principal ámbito de influencia lo constituía el campesinado y no los obreros, los terratenientes y no la burguesía industrial». Por esta razón, según el mismo autor, «en la competencia con liberales y comunistas, la Iglesia desarrolló una estrategia que podemos llamar paralelismo católico consistente en la creación de una serie de estructuras católicas paralelas en los terrenos claves de la sociedad» (Roux, 1983, p. 62).

El 29 de julio de 1933 la CEP aprobó los estatutos de la Acción Católica Colombiana (ACC), con el objetivo de crear «cuadros militantes laicos capaces, que contribuyan a restaurar y renovar una sociedad inspirada en principios cristianos» (Roux, 1983, p. 59). A partir de 1935, fue nombrado asistente eclesiástico nacional el arzobispo coadjutor de Bogotá monseñor Juan Manuel González Arbeláez, quien dio a la organización un cariz decididamente anti-comunista y muy fiel a la jerarquía. En paralelo con la ACC nació también la Juventud Obrera Cristiana Colombiana (JOCC), asociación dedicada a la formación de los trabajadores de la industria según el modelo de la Juventud Obrera Cristiana, fundada en Bélgica por el padre Joseph Cardijn en los años veinte. La JOCC, que muy rápidamente se convirtió en una asociación de la ACC, tenía su periódico titulado *El Yocista*¹¹ y se presentaba como «la organización

11 En Colombia la organización puede llamarse JOCC o YOC.

de actualidad vital, baluarte más poderoso que pueda oponerse en la hora presente al universal desbordamiento revolucionario y anticatólico que ya se hace sentir pujante en nuestra querida Colombia» (Luque, 1933, p. 4). En 1937, la ACC fundó también la Sociedad Industrial Cinematográfica para traer a Colombia películas extranjeras que fueran «arma de la verdad y del bien y medios de la enseñanza y formación religiosa y católica» (en Bidegáin, 1979, p. 171).

La solicitud pastoral del episcopado hacia el mundo del trabajo industrial no terminaba en la fundación de la ACC y de la JOCC. En 1944, la CEP creó la Coordinación Nacional de Acción Social Católica (CNASC), entregando su dirección a los padres jesuitas Vicente Andrade Valderrama y Francisco Javier Mejía, para establecer «un nuevo canal de comunicación entre la jerarquía y las clases trabajadoras» (Roux, 1983, p. 54). El año siguiente la CNASC impulsó la creación de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), la central obrera católica de orientación antiliberal y anticomunista, fuerte sobre todo entre los obreros de la industria privada y con el objetivo de limitar la difusión de la CTC, un sindicato liberal-comunista muy activo entre los trabajadores del sector público, en particular en los transportes. Las líneas programáticas de la UTC se plantearon en su primer congreso inaugural, en que se declaró que sus objetivos eran: la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia en los ambientes laborales y el contraste a la infiltración comunista en el mismo ámbito. El sindicato católico fundó también el semanario *Justicia Social*, «que no se limitará a trazar normas de conducta, sino a prevenir al pueblo contra el peligro del comunismo. Al respecto, Justicia Social librerá campañas decisivas, con la exposición de la doctrina católica, que es la única llamada a resolver los problemas sociales de hoy» (Anónimo, 1945b, p. 214).

Esta doble estrategia —de contrastar el comunismo y difundir la Doctrina Social de la Iglesia— interesaba también a los campesinos. Por eso, en 1946, la CNASC fundó la Federación Agraria Nacional (FANAL), de inspiración anticomunista y con el objetivo

de formar una élite campesina fiel a la Iglesia y capaz de responder a los nuevos retos de Colombia. Finalmente, esta estrategia no fue abandonada cuando terminó la República Liberal, porque en 1949 nació la Unión Cooperativa Nacional (UCONAL).

El 19 de abril de 1945 el presidente López, «frustrado y desesperado por una situación política que no podía controlar» (Roux, 1983, p. 48), renunció al cargo, un año antes del término natural de su mandato. El liberalismo llegó a las elecciones dividido entre dos candidatos: Gabriel Turbay Abunader, respaldado por la estructura del partido, quien reportó 441,199 votos, y Jorge Eliécer Gaitán, líder de la disidencia liberal, quien fue escogido por 358,957 colombianos (Roux, 1983, p. 49). El partido conservador volvió a presentar una candidatura presidencial y ganó esa contienda con el empresario antioqueño Mariano Ospina Pérez, quien obtuvo 565,939 votos (Roux, 1983, p. 49), muchos menos que la sumatoria de los sufragios de los candidatos liberales pero suficientes para alcanzar la victoria. De esta forma terminó la República Liberal; Colombia entró en un periodo histórico complejo y caracterizado por las violencias bipartidistas que, en 1947, alcanzó la asombrosa cifra de 13,000 muertes, producto de la confrontación entre liberales y conservadores (Oquist, 1978, p. 59).¹²

CONCLUSIONES

En la introducción se planteó la siguiente pregunta de investigación: ¿cuáles fueron el pensamiento y la acción del episcopado colombiano frente a los principales actores y eventos políticos del periodo considerado? Para responder esta pregunta deben tenerse en cuenta varios factores:

12 Para profundizar este periodo de la historia de Colombia, véase Tirado Mejía (1989b).

En primer lugar, el análisis demostró el papel importante jugado por los obispos en la escena política colombiana, tanto durante la Hegemonía Conservadora como en la República Liberal. En el primer periodo, la unión entre los obispos, guiados por el primado, fue muy fuerte hasta la campaña electoral de 1930, cuando las divisiones entre dos candidaturas de los conservadores produjeron fracturas también entre el episcopado. Con el comienzo de la República Liberal, esta alianza clérigo-conservadora entró en crisis y el nuevo arzobispo de Bogotá, junto con otros prelados importantes del país, empezaron a distanciarse del conservatismo, del que no compartían la estrategia de abstencionismo electoral que dejaba a la Iglesia sin apoyos institucionales y políticos. Debido también a la coeva influencia de Benedicto XV y de Pío XI, grandes promotores de organizaciones alternativas a los fascismos europeos como el Partido Popular Italiano y la Acción Católica, a partir de 1933-1934, la mayoría de los obispos colombianos comenzó a alejarse del conservatismo, dando vida a muchas asociaciones en el campo educativo y laboral paralelas y en abierta competencia con las instituciones políticas, sociales y sindicales liberal-comunistas.

En segundo lugar, el pensamiento y la acción de los obispos, respecto a la política colombiana, fue profundamente marcado por los eventos de la campaña electoral de 1929-1930. En el periodo precedente a esta fecha, los obispos colombianos abandonaron la retórica de monseñor Ezequiel Moreno, para sellar una alianza clérigo-conservadora encarnada por monseñor Bernardo Herrera Restrepo. Esto se debió a que, después de la Guerra de los Mil Días, el conservatismo defendió los intereses católicos y la jerarquía le dio legitimidad a su poder, apoyando a los políticos conservadores tanto en el Congreso como en las gobernaciones y en las alcaldías.

El fracaso de la estrategia de monseñor Perdomo y de la Santa Sede de unir católicos y conservadores alrededor de la candidatura de Guillermo Valencia y la consiguiente victoria liberal en las elecciones de 1930, marcó profundamente la mayoría del episcopado.

Si bien unos sectores de la jerarquía siguieron apoyando el conservatismo, los obispos más importantes del país, encabezados por el primado, empezaron a rechazar esta alianza con el partido azul. En nuestra opinión, esto fue causado por la estrategia política empleada por el conservatismo a partir de 1933, cuando decidió abstenerse de presentarse a las elecciones, favoreciendo las victorias en las legislativas y en las presidenciales del liberalismo de la Revolución en Marcha. De este modo, los conservadores abandonaron las instituciones democráticas dejando sin apoyo a la Iglesia; los obispos reaccionaron promoviendo una iniciativa política y social enfocada en el diálogo con López Pumarejo y en la creación de organizaciones sindicales y formativas paralelas que pudiesen competir con las asociaciones liberal-comunistas.

Medófilo Medina (1991, p. 203) escribe que «en 1930 se derrumbó, junto con el orden político tradicional, el poder político de la Iglesia». Nosotros también estamos de acuerdo con que esta campaña electoral representa un cambio importante en la actuación del episcopado colombiano en política. Sin embargo, creemos también que no se trató de un derrumbe sino de una modificación significativa, que hizo pasar la jerarquía de la sinergia con el conservatismo a una postura mucho más autónoma en que los católicos —obispos, clero y laicos— se enfrentaron directamente y compitieron con liberales y comunistas, sin necesidad de la mediación operada en el periodo precedente por el Partido Conservador.

Para concluir, el presente estudio deja abiertos numerosos senderos de investigación. Entre estos, sería interesante extender el análisis al periodo histórico sucesivo —caracterizado por la presidencia de Gómez, el gobierno autoritario del general Gustavo Rojas Pinilla y el Frente Nacional— para ver si esta postura política del episcopado se mantuvo firme y cómo fue influenciada por los grandes cambios que interesaron a la Iglesia y a Colombia en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, como el nacimiento de las guerrillas, la pacificación entre liberales y conservadores, la aplicación de

las decisiones del Concilio Vaticano II, el pontificado de Pablo VI y las asambleas generales del episcopado latinoamericano de Río de Janeiro (1955) y Medellín (1968).

CONFLICTO DE INTERESES

El autor declara no tener conflicto de intereses.

COPYRIGHT

2023, el autor.

Este artículo es de acceso abierto, distribuido bajo los términos y condiciones de la licencia de Creative Commons (CC BY) (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>).

REFERENCIAS

ABEL, Cristopher (1987). *Política, Iglesias y Partidos en Colombia, 1886-1953*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

AGUDELO, Guillermo (1986). *Medio siglo en la historia eclesiástica colombiana, 1928-1984. Ensayo sobre los cuatros arzobispos que han dejado huella profunda en la agitada historia contemporánea*. Bogotá: Ediciones Verdad y Vida.

ANÓNIMO (1930). Debilidades y claudicaciones. *Patria Nueva, Semanario político-cultural*, a. 1, núm. 4, 24 de mayo de 1930, p. 8.

ANÓNIMO (1945a). Comunicación de la Conferencia Episcopal de Colombia al clero y a los feligreses. *La Iglesia*, núm. 39, pp. 85-90.

ANÓNIMO (1945b). Presentación del semanario Justicia Social de la UTC. *Revista Javeriana*, núm. 23, pp. 212-219.

ARIAS TRUJILLO, Ricardo (2000). Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo. *Historia Crítica*, vol. 1, núm. 19, pp. 69-96.

- ARIAS TRUJILLO, Ricardo (2003). *El episcopado colombiano: intransigencia y laicidad (1850-2000)*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- BIDEGAIN, Ana María (1979). *La organización de movimientos de juventud de Acción Católica en América Latina. Los casos de los obreros y universitarios en Brasil y Colombia entre 1930 y 1955*. Tesis de doctorado. Lovaina: Universidad Católica de Lovaina.
- BUILES, Miguel Ángel (1939). *Cartas pastorales del Excelentísimo Sr. Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos*. Medellín: Bedout.
- BUSHNELL, David (2018). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*. Bogotá: Ariel.
- CASTRILLÓN, Alberto (1929). *120 días bajo terror militar. La huelga de las bananeras*. Bogotá: Talleres de la Revista «Universidad».
- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA (1929). Decreto de promulgación de las instrucciones, acuerdos y normas de la Conferencia Episcopal de 1927. *La Iglesia. Órgano oficial de la Arquidiócesis de Bogotá*, núms. 9-10 (septiembre-octubre), pp. 361-365.
- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA (1956). *Conferencias episcopales de Colombia*. Tomo I. Bogotá: Editorial El Catolicismo.
- CORTÉS GUERRERO, José David (1996). Balance bibliográfico sobre la historia de la Iglesia católica en Colombia, 1945-1995. *Historia crítica*, vol. 1, núm. 2, pp. 17-27.
- DÍAZ, Luis Adriano (05.01.1930). Comunicación de S. E. Rev.ma el señor obispo de Cali al clero y a los feligreses. *El Nuevo Tiempo*, p. 1.
- ESCOBAR HERRERA, Andrés Mauricio (2015). La Arquidiócesis de Bogotá y la violencia de mediados del siglo XX. En: Jaime Alberto Mancera Casas, Carlos Mario Álzate Montes y Fabián Leonardo Benavides Silva (eds.). *Arquidiócesis de Bogotá, 450 años: Mirada sobre su historia*. Bogotá: Universidad Santo Tomás, pp. 273-322.

- GIRALDO PAREDES, Holbein (2011). San Ezequiel Moreno Díaz: «El liberalismo es pecado». El catolicismo ultramontano en Colombia. *Criterio Libre Jurídico*, núm. 16, pp. 33-45.
- JURADO JURADO, Juan Carlos (2022). La Iglesia católica en las guerras civiles colombianas. En: José David Cortés Guerrero (ed.). *Historia de la religión en Colombia, 1510-2021*. Bogotá: Universidad del Rosario, pp. 153-168.
- MANOSALVA CORREA, Andrés Felipe (2014). La jerarquía eclesiástica y las elecciones del 5 de junio de 1949. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 41, núm. 1, pp. 157-177.
- MANOSALVA CORREA, Andrés Felipe (2022). La jerarquía de la Iglesia y la violencia, 1945-1964. En: José David Cortés Guerrero (ed.). *Historia de la religión en Colombia, 1510-2021*. Bogotá: Universidad del Rosario, pp. 273-282.
- MANTILLA RUIZ, Luis Carlos (2016). Entre el avance y la insatisfacción: los últimos 50 años de historia de la Iglesia en Colombia (1965-2015). *Anuario de Historia de la Iglesia*, núm. 25, pp. 59-89.
- MEDINA, Medófilo (1991). Obispos, curas y elecciones, 1929-1930. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 18-19, pp. 185-204.
- MORENO DÍAZ, Ezequiel (1908). *Cartas pastorales, circulares y otros escritos de Fray Ezequiel Moreno Díaz*. Madrid: Imprenta de la hija de Gómez Fuentenebro.
- NIETO, José María (1956). *La batalla contra el comunismo en Colombia*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- OQUIST, Paul (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos.
- PERDOMO, Ismael (1929). Pastoral del Ilmo. y Rvdmo. Señor D. D. Ismael Perdomo, arzobispo de Bogotá, con ocasión de los sucesos sociales

ocurridos últimamente en la capital. *La Iglesia. Órgano oficial de la Arquidiócesis de Bogotá*, núm. 6, junio, pp. 185-192.

PERDOMO, Ismael (1932). *Sínodo diocesano celebrado por el Excelentísimo y reverendísimo Monseñor D. D. Ismael Perdomo, arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, en la Basílica primada en los días 6, 7 y 8 de diciembre de 1931*. Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana.

PERDOMO, Ismael (1937). *El comunismo, sus hechos y sus frutos. Pastoral de cuaresma de 1937*. Bogotá: Junta Ejecutiva Nacional de Acción Católica.

PERDOMO, Ismael (1944a). Circular del Excmo. Señor arzobispo Primado al clero y a los fieles sobre el respeto a las autoridades. *La Iglesia. Órgano oficial de la Arquidiócesis de Bogotá*, núm. 8, agosto, pp. 250-251.

PERDOMO, Ismael (1944b). Pastoral del Excmo. Señor arzobispo Primado sobre el comunismo. *La Iglesia. Órgano oficial de la Arquidiócesis de Bogotá*, núm. 12, diciembre, pp. 389-392.

PLATA QUEZADA, William Elvis y Osmir RAMÍREZ TRILLOS (2023). Neoescolástica y su influencia en el catolicismo colombiano del siglo XX. La Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, 1930-1965. *Revista Guillermo de Ockham*, vol. 21, núm. 2, pp. 519-538.

RODRÍGUEZ, Pedro María (28.01.1930). Comunicación de S.E. Rev.ma el señor obispo de Ibagué al clero y a los feligreses. *El Espectador*, p. 1.

ROUX, Rodolfo de (1981). *Una Iglesia en estado de alerta. Funciones sociales y funcionamiento del catolicismo colombiano: 1930-1980*. Bogotá: Servicio Colombiano de Comunicación Social.

Fecha de recepción: 1 de julio de 2023.

Fecha de evaluación: 26 de agosto de 2023.

Fecha de aceptación: 25 de septiembre de 2023.

Fecha de publicación: 1 de diciembre de 2023.

